

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuario de Santa María de Montserrat
24 de agosto de 2014
Is 22, 19-23; Rom 11, 33-36; Mt 16, 13-20

Mirando estos días pasados desde el claustro gótico del monasterio los numerosos peregrinos y visitantes de Montserrat corriendo arriba y abajo bajo la lluvia de este "agosto resfriado", más de una vez me ha venido a la memoria un pensamiento muy sencillo de Pascal: *En cada gota de agua hay más de Dios que de agua*. Con ello Pascal expresaba su intuición del misterio de la presencia de Dios en el mundo sosteniéndolo y generando constantemente en él nueva vida. Y es desde esta perspectiva que los creyentes miramos y valoramos la historia humana de la que formamos parte. Isaías lo hizo así en su tiempo. Y a pesar de contemplar la mala gestión de los poderosos de aquel momento histórico supo dar un mensaje de esperanza basado en la providencia de Dios que, si bien puede parecer que hay momentos en que nos abandona, la experiencia de la historia nos dice que podemos mantener la certeza de que nunca se olvida de nosotros. El Señor no deja de suscitar personas de bien en medio del desorden y de todo desastre. La historia la construimos los hombres, ciertamente, pero quien edifica en el bien es la presencia de Dios en ella por medio de su Palabra y a través de las personas que se comportan, tal como está escrito, con honradez de corazón.

San Pablo contemplando la voluntad salvadora de Dios, que atraviesa la historia respetando la libertad de sus protagonistas pero haciéndose presente entre ellos como misericordia constante y gracia siempre nueva, exclamaba: *Él es el origen, guía y meta del universo*. Todo viene de él nos dice el apóstol, y a pesar de que lo que de él viene por manos de los hombres puede malograrse, todo pasa por él porque en la cruz y en la resurrección de Jesús todo reencuentra la bondad del sentido primigenio y recibe la fuerza de su santidad original. Finalmente todo se encamina a hacia él según los ritmos y los límites humanos, pero llevando con mayor o menor provecho el germen de una plenitud eterna.

Desde esta perspectiva podemos también contemplar el episodio evangélico de hoy. La confesión es de Pedro, pero la inspiración, nos dice Jesús, proviene del Padre del Cielo, porque todo viene de él. La comunidad que el Hijo del hombre funda en esta fe de Pedro es humana, pero el poder de atar y de desatar que le es dado es del Hijo de Dios vivo. Así pues, este poder, esta gracia que vienen de la cruz y de la resurrección del Señor, pasan por él, pasan por la humanidad glorificada del Hijo de Dios. Y todo se encamina hacia él, porque el poder de las llaves no es otro que el perdón de los pecados que es el Espíritu Santo, poder de la gracia divina que desata al hombre de la muerte y don del amor divino que lo liga, ya en este mundo, a la vida eterna, encaminándose a la plenitud en Dios del que toda persona tiene el deseo en el alma y lleva en el corazón la añoranza. Como el apóstol no podemos decir otra cosa que: Gloria a él por siempre.

La contemplación del don de Dios en la obra de Jesucristo no sólo nos debe mover a la alabanza sino que debe suscitar en nosotros el anhelo de responder con generosidad. ¿Quién es Jesús realmente para mí? Esta pregunta de hace 2000 años es actual para cada generación. Y el ejemplo del pasado nos puede servir para responder con más autenticidad. Esta pregunta ya se la habían hecho a los discípulos en la travesía accidentada del lago de Galilea; fascinados por Jesús pero ajenos a su mensaje de cruz y de vida. Esta misma cuestión ya se la planteó el pueblo, entusiasmado pero distante, cuando Jesús entró como rey Mesías aclamado por los niños en la ciudad de Jerusalén. Caifás la formuló directamente a Jesús en medio del

consejo del Sanedrín, pero la respuesta les ocasionó escándalo y ofuscamiento totales. Pilatos sabiendo de oídos que Jesús era el Mesías no fue capaz de reconocer en la debilidad de la pasión la verdadera identidad del Señor. Y es que cuesta realmente reconocer su divinidad sobre todo en la pasión y en la cruz. Todos quisiéramos cantar, como escribió Machado, más al Jesús que caminó sobre el agua que al clavado en la cruz. Nos cuesta ver que el camino del amor esforzado hasta el extremo que muestra la cruz del Señor es el único camino auténtico de vida y de plenitud. Ciertamente, sin la certeza de la resurrección sería del todo imposible dar un solo paso en este camino. Sin la experiencia del resucitado ningún apóstol no hubiera podido escribir una sola palabra creíble sobre Jesús. Sin la resurrección la comunidad que se dispersó por la muerte del Señor no hubiera tenido valor ni fuerzas para volver a reunirse y anunciar su Evangelio.

¿Qué es la Iglesia para nosotros? Quizá es la realidad que más claramente respondería a lo que verdaderamente Jesús es en nuestra vida. La Iglesia, la comunidad de fe que el domingo tras domingo celebra la presencia viva de Jesús resucitado, es la que hace posible que la fuerza de su Espíritu que es perdón, gracia y vida abundante, llegue efectivamente a los hombres curando, alentando y dando sentido y plenitud a lo cotidiano de nuestras vidas. En el seno de la comunidad, la pregunta de Jesús sigue incomodando nuestra fe dormida.

El ejemplo de los Doce nos debe servir de consuelo y de coraje. Antes de responder a la pregunta de Jesús, ellos experimentaron la verdad de su persona justamente en la dificultad: Cuando Pedro que caminaba sobre el agua se hundía y pidió a Jesús que lo salvara. Nosotros desde nuestra debilidad también experimentamos la fuerza salvadora de Jesús. Nosotros, como Pedro y los otros discípulos somos hombres de poca fe, poca pero suficiente para no hundirse en medio de la tormenta y seguir en la barca de Jesús para llegar a buen puerto con él. Cuando uno experimenta el poder del perdón de Jesús, capaz de hacer resurgir una vida maltrecha y desesperanzada, cuando uno siente la fuerza del amor y del consuelo de su proximidad a través de la oración y de la comunidad en momentos de angustia o de duelo, no puede negar su poder glorioso. Sí, tú eres Señor el hijo de Dios, afirmaron todos los que estaban con Pedro en la barca. Tú eres el Mesías el Hijo el Dios vivo responde hoy, Pedro, en nombre de los Doce y de todos nosotros.

Esta confesión de fe, como la que ahora haremos en el *Credo*, no es una fórmula más, aprendida de memoria, contempla corazón adentro todo el amor y la misericordia de Dios manifestada a través de la sacralidad de la historia humana y de nuestra realidad personal, y el hecho de recitarla supone nuestra adhesión al ser y al hacer de Dios que se manifiestan. Nuestra fe tal vez se parece a una de esas gotas de agua de este "agosto resfriado" que recordaba al principio, pero sin embargo, como cada una de estas gotas, la fe que profesamos en Jesús, el Hijo de Dios vivo, es portadora de vida y de esperanza más allá de lo que podemos comprender en un primer momento, porque en ella hay más de Dios que de nosotros. *Gloria a él en la Iglesia y en Jesucristo de generación en generación por los siglos de los siglos. Amén.*